

Rinaldo se cayó un día de la bicicleta y volvió a casa con un enorme chichón en la frente. La tía con la que vivía (sus padres habían emigrado a Alemania en busca de trabajo) se asustó muchísimo. Era justamente de esas tías que se asustan por todo.

—Rinaldo, mi pequeño, ¿qué te ha pasado?

—Nada malo, tía Rosa. Me caí de la bicicleta, eso es todo.

—¡Dios mío, qué horror!

—Pero si ni siquiera viste cómo me caía...

—¡Precisamente por eso!

—La próxima vez te aviso antes de caerme.

—¡Rinaldo, no bromees con estas cosas! Mejor dime por qué has traído a casa la bicicleta.

—¿A casa? Pero si la he dejado en el portal, como siempre.

—¿Entonces de quién es aquella bicicleta? Rinaldo se volvió siguiendo el índice de su tía y vio una bicicleta roja apoyada en las paredes de la cocina.

—¿Aquélla? No es mía, tía Rosa. La mía es verde.

—Claro, es verde. ¿Entonces? ¿No habrá entrado sola?

—Sí. ¿Habrán sido los fantasmas?

—¡Rinaldo, por favor, no menciones a los fantasmas!

—Además es una bicicleta muy bonita.

La tía Rosa lanzó un grito.

—¿Qué pasa, tía?

—Mira, ¡hay otra bicicleta!

—¡Es verdad! También es bonita.

La señora Rosa se retorció las manos, más asustada que nunca.

—Pero, ¿de dónde salen todas estas bicicletas?

—Bah —dijo Rinaldo—, es un buen misterio. ¿No habrá también una bicicleta en el dormitorio? Pues sí que la hay, mira, tía Rosa. Con ésta hacen tres. Si esto continúa, dentro de poco tendremos la casa llena de bicicletas...

Rinaldo tuvo que taparse las orejas ante un nuevo grito de la tía. El caso es que apenas terminó de pronunciar la palabra «bicicleta» la casa se llenó verdaderamente de bicicletas. Sólo en el baño había doce, como pudo comprobar la tía Rosa, al lanzar una aterrorizada mirada: dos estaban en la bañera.

—Basta, Rinaldo —suspiró la pobre mujer dejándose caer en una silla—, basta, no puedo más.

—¿Cómo que basta? ¿Qué pinto yo? No soy yo el que las fabrico. Figúrate, ni siquiera sé hacer un triciclo...

¡Driin! ¡Driin!

Sobre la mesa apareció un precioso triciclo, tan nuevo que todavía tenía las ruedas envueltas en el papel de embalaje: pero el timbre vibraba alegremente, como diciendo: «¡También estoy yo!»

—¡Rinaldo, por favor!

—Tía Rosa, no creerás de verdad que lo que está pasando es por culpa mía.

—Desde luego, hijito. Quiero decir, no lo creo, Rinaldo. Pero lo mismo te ruego que seas prudente: no pronuncies más ni la palabra bicicleta ni la palabra triciclo.

Rinaldo se echó a reír.

—Si es sólo eso, puedo hablar de otra cosa. ¿Quieres que hablemos de despertadores o de sandías frescas? ¿De budines o de botas de agua?

La tía se desmayó. Al tiempo que aquellos nombres salían de la boca de Rinaldo, la casa se poblaba de despertadores, sandías, budines y botas de agua. Aquellos extravagantes e increíbles objetos surgían de la nada, como fantasmas.

—¡Tía! ¡Tía Rosa!

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¡Ah! —dijo la mujer volviendo en sí—. Rinaldo, sobrino mío, hijo mío, por caridad, siéntate allí y quédate callado. ¿Quieres a tu tía? Siéntate y no te muevas. Voy a llamar al profesor De Magistris, él nos dirá qué hacer.

Este profesor De Magistris era un profesor que vivía al otro lado del patio de la pensión. Cuando la tía Rosa tenía algún problema corría al señor De Magistris que nunca se hacía de rogar para escucharla y prestarle ayuda. Sólo los viejos saben ser así de generosos y pacientes. Esta vez el profesor tampoco se hizo de rogar.

—Hola, jovencito, ¿qué pasa?

—Buenas tardes, profesor. No lo sé muy bien. Parece que en esta casa hay...

Pero antes de que pudiera pronunciar la palabra «espíritus» la tía Rosa le puso una mano en la boca.

—¡No! Rinaldo. ¡Esa palabra no! ¡Todo, pero no los espíritus!

—Señora —intervino el profesor De Magistris—, explíquemelo al detalle, no entiendo.

—¿Pero qué hay que entender? Se ha caído de la bicicleta y se ha golpeado la cabeza. Y ahora, cada vez que dice una palabra, aquello, o sea la palabra. ..

—Mire, profesor —dijo Rinaldo—, yo digo: gato.

Miau, hizo el gato materializándose sobre una silla junto a la estufa.

—¡Hep! —dijo el profesor—. ¡Hum! Comprendo.

—¿Ha visto qué cosa? Y sus padres en Alemania. Una enfermedad similar...

—¡Pero qué enfermedad! —protestó Rinaldo—. A mí me parece muy cómodo. Si me apetece un helado de pistacho...

¡Proff!

Ahí está el helado dispuesto en una copa de cristal.

—Me parece estupendo —comentó el profesor—. Pero, ¿dónde está la cucharilla?

—Cucharilla —dijo Rinaldo—. Mejor, otro helado y otra cucharilla, así tendremos uno para cada uno. ¿Quieres también un helado, tía?

Pero la tía Rosa no contestó: se había desmayado por segunda vez.

Primer Final

El profesor De Magistris, tras vaciar concienzudamente su copa de helado, volvió a tomar las riendas de la discusión.

—Así que —dijo— nuestro Rinaldo, no importa de qué manera, quizá después de caerse de la bicicleta, ha adquirido un extraordinario superpoder que le permite crear cualquier objeto con sólo pronunciar su nombre.

—¡Cielos! —dijo la señora Rosa.

—Sí, señora —aseveró el profesor—, ahora cielo y paraíso para ustedes.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? Pues muy sencillo. Rinaldo dirá: un millón y serán millonarios. Dirá: chalet con piscina, y todo estará dispuesto para zambullirse. Dirá: coche con chófer, y podrán partir. Sus padres ya no necesitarán irse a trabajar al extranjero. Y a lo mejor Rinaldo también se acordará de su viejo amigo el profesor y dirá... Espera; espera, no digas nada... Perro, eso es lo que tiene que decir. Un buen ratonero, ni muy joven ni muy viejo... Será mi amigo. Saben, no me gusta estar siempre solo en casa...

—¡Ratonero así y asao! —dijo Rinaldo.

Y el ratonero ladró festivamente, al tiempo que trepaba por los pantalones del profesor De Magistris, que tenía lágrimas de gratitud en los ojos.

Segundo Final

Para abreviar", el profesor De Magistris explicó de qué se trataba.

—Y sobre todo —dijo—, ni una palabra a nadie. La vida de Rinaldo está en peligro.

—¡Misericordia! ¿Y por qué?

—El porqué está claro: el superpoder que tiene puede ser fuente de incalculables riquezas. Si se supiera por ahí, no sé cuántos maleantes intentarían apoderarse de Rinaldo para aprovecharse de su don.

—¡Misericordia y otra vez misericordia!

Tía y sobrino juraron no abrir la boca.

—Mañana —dijo el profesor despidiéndose— decidiremos lo que hay que hacer.

—Mañana.

Pero hay que decir que aquel De Magistris llevaba una doble vida: de día era un profesor de pensión, de noche el jefe de una banda de ladrones que desvalijaba bancos en toda Europa. De Magistris telefoneó a sus hombres, hizo raptar a Rinaldo, le obligó a decir la palabra «oro» hasta que llenó diez autotrenes con remolque. Luego se montó en el primer autotren, hizo sonar el claxon y andando. Nadie ha vuelto a verle. Pero mientras tanto Rinaldo se había cansado tanto repitiendo la palabra «oro» que se quedó sin voz. Cuando la recuperó, había perdido el don. Pero la tía Rosa pudo ganar algo vendiendo todas aquellas bicicletas, despertadores, sandías, etc.

Tercer Final

Cuando terminó de comer el helado, Rinaldo pidió otro. Pero lo hizo tan deprisa que el helado, en vez de caer suavemente sobre la mesa, le cayó en la cabeza. Nada de particular, si sólo se hubiera tratado del helado. Pero estaba la copa de cristal. Esta golpeó justamente en el chichón que se hizo Rinaldo al caerse de la bicicleta. Y el golpe fue fatal. A partir de aquel momento fue inútil que Rinaldo se desgañitara nombrando objetos: no volvió a aparecer nada, ni un coche ni una papa hervida.